

DON QUIJOTE

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA. PERO NO SE VENDE

Redacción y Administración: Luisa Fernanda, 13, Madrid.

Fundador: EDUARDO SOJO

SE PUBLICA LOS VIERNES

LA ASAMBLEA REPUBLICANA

En muy elocuentes y muy razonados artículos, Nakens, el eterno luchador, viene proponiendo desde *El Motín* la celebración de una Asamblea republicana.

Apenas iniciada por Nakens esta idea, allá á primeros del pasado Marzo, Don Quijote se adhirió á ella, y la ha defendido en más de un artículo.

Y seguimos pensando como pensábamos, y creyendo que de esa Asamblea acaso pueda salir la unión *verdadera* de todos los republicanos.

Conste, pues, una vez más, nuestro voto en pro del proyecto iniciado por *El Motín*.

UNA GENERACIÓN

Hay en este Madrid desalentado y frívolo una generación melancólica y pensativa. Acaba de abandonar la Universidad; tiene veinte años, veinticinco á lo sumo, y lleva en la frente las arrugas sintomáticas del recogimiento. Si uno va al Ateneo, observa que predomina en la biblioteca el elemento joven; ocurre otro tanto en el Museo Pedagógico, en la Biblioteca Nacional y en los salones de lectura de diferentes sociedades. Es una generación que aún no ha tenido oportunidad de salir á la vida pública, y que tampoco muestra grandes premuras por hacerlo, según la vemos de retraída y silenciosa. Se aleja complacientemente de la otra juventud—la que bulle por los cafés y los teatros y hace el amor á las modistas—y se refugia en las bibliotecas, donde lee y medita, compara y piensa y coteja lo aprendido en los libros, con lo que enseña en su lento desarrollo la vida cotidiana. Pero el resultado de estos trabajos no sale á la calle. De algún tiempo á esta parte se advierte en los periódicos la no existencia de aquella colaboración espontánea que espoleaba la fácil mordacidad de nuestros críticos de redacciones. Confieso que me alarmaba este silencio de la juventud. Cuando veía pasar por las calles algún chico de cara inteligente me preguntaba con espanto si no tendría nada que decir. De todos los silencios que podían caer por

toda la triste y espaciosa España, de que hablaba Fray Luis de León, ninguno más doloroso que el de la juventud. Hoy conozco la causa de ese mutismo. La juventud madrileña tiene cerrados los labios con sello de sangre. Ha comprendido la verdad de la fórmula en que se depuran las responsabilidades de la humillación nacional: «En España no hay más que dos clases de hombres: los anteriores á 1898 y los que han venido después.» Vislumbra vagamente la culpabilidad de las generaciones pasadas, pero no puede alzarse contra ellas, como se levanta la juventud de Barcelona y de Bilbao, porque los políticos, los profesores, los funcionarios, los militares y los contratistas que prepararon la catástrofe son sus padres y á la torpeza ética é intelectual de sus padres debe el pan que come y la casa que habita.

En vano vuelve los ojos á derecha é izquierda en busca de otros responsables. La culpabilidad difusa de la masa nacional en nada amengua la responsabilidad directa de los hombres de arriba, los hombres de Madrid. En este conflicto entre la familia y la conciencia prefiere la mayoría abarrotar el sentido moral, dejarse elevar por la corriente de las cosas y aumentar con la suya las bocas innumerables del Estado, que absorbe la sangre nacional. Para qué pensar, si en el término de los pensamientos sólo se alza una condenación de los hombres á que se debe la existencia y de la ciudad en que se ha nacido! Es preferible acallar la conciencia y el estómago, mientras dure Madrid.

Otros aspiran á redimir las faltas de sus padres. Se indignan contra las inutilidades que gozan del crédito oficial; son más ó menos socialistas; les caracteriza un puritanismo á raja tabla. Hay entre ellos un estado de conciencia muy parecido al de la juventud nihilista rusa que asombró al mundo entre los años 1870 y 1880. Tienen el sentimiento de la responsabilidad de Madrid. Quieren trabajar á campo libre y no en las funciones parasitarias del Estado. Vuelven los ojos en bus-

ca del comercio, de la industria y de la agricultura, y se encuentran con las estériles arenas que rodean á Madrid, con el Banco de España, la Tabacalera y los monopolios por toda industria, con las podéricas Compañías de ferrocarriles por todo medio de transporte y con los detallistas proveedores de los funcionarios públicos por todo comercio. Todo Madrid forma parte integrante del Estado; imposible salir del círculo de hierro.

Otros aspiran á formar parte de un Estado-Receptor, que libre á los trabajadores del imperio del capital y á los labriegos de las tierras de secano. Estudian sociología. Comparan minuciosamente los distintos presupuestos europeos. Se preparan para establecer en España las enseñanzas técnicas con fondos del Estado. Meditan soluciones de concordia para los conflictos entre obreros y patronos. Quieren el servicio militar obligatorio. Su espíritu está lleno de ensueños generosos.

No advierten la imposibilidad de realizarlos. Se estreñan frente á la indiferencia del funcionario, que sólo piensa en la mejora del sueldo. Se estreñan frente á la otiosidad de la nación, que sólo sueña en aquellas comarcas donde tiene fuerza para sonar, á emanciparse del Estado para crearse vida propia. El Estado ha perdido toda fuerza moral; se disuelve por sí mismo, y no hay poder humano que pueda evitarlo. Dentro de pocos años sonará el día de la liquidación. Todo el funcionariado innecesario—Madrid en masa—pasará á ocupar puesto á las clases pasivas, donde se le amortizará en veinte ó treinta años. Serán cerradas las grandes oficinas. Las regiones se harán las leyes, las obras públicas y los centros de enseñanza que mejor les convengan.

...Los hijos de los grandes chanchulleros que originaron las derrotas de 1898 vivirán de sus rentas... Y los jóvenes idealistas que ahora sueñan en instaurar un Estado-Justicia, se consumirán en los conventos ó engrosarán las filas que preparan las rebeliones anarquistas.

RAMIRO DE MAEZTU

LA CRISIS

El señor Sagasta, después de la fuga de Canalejas y de las amenazas de Silvela, se ha decidido á plantear la crisis.

Fracasado en todo, así en la cuestión religiosa, como en la económica, como en la política, el poder moderador le ha comisionado nuevamente para formar Ministerio, sin duda en premio á sus desaciertos.

Tenemos, pues, todavía Sagasta para rato. ¡Y vamos viviendo, es decir, y vamos muriendo!

CANDIDATURA FAMILIAR

El señor Sagasta, según se dice, y por sí le dejan, ha pensado presentar para su aprobación la lista del siguiente Ministerio:

Presidencia.—Sagasta.
Gobernación.—Merino.
Hacienda.—Rodríguez.
Instrucción pública.—Roquejo.
Estado.—Pablo Cruz.
Guerra y Marina.—Bernardo Sagasta.
Gracia y Justicia.—Amós Salvador.
Obras públicas.—Sr. Merino y Sagasta.

EL RANCHO

He visto un niño ayer, sucio, andrajos, débil, enteco, facio, escrofuloso, aguantando el suplicio, de un sol abrasador, sentado en tierra cerca del edificio donde está el ministerio de la Guerra. Sin familia tal vez, ni hogar, ni lecho, estaba la infeliz criaturilla del rancho de las guardias en acecho, inmóvil y apretando contra el pecho su bote convertido en escudilla. Y al centinela contemplaba en tanto paseando con marcha acompasada,

y había tal tristeza en su mirada que daba ganas de romper en llanto.

.....
Llegó el rancho por fin. Potaje ó sopa, menestra ó no sé qué... ¡Pero muy rico lo que le echaron en el bote al chico!
Y hasta el día siguiente... ¡á vivir tropa!
¡Oh sabia Providencia que aparece protegiendo á las aves y á los peces!
¡Nada se pierde en tierra de cristianos!
El Estado se gasta lo que cobra en pianza de tirios y troyanos, y después de pasar por tantas manos, no falta quien recoge lo que sobra. Esto tiene importancia y la merece. Porque si el niño de mi cuento crece y triunfa la materia de esa lucha brutal con la miseria, ¿qué es lo que puede ser? ¡Será soldado!
Y si la patria en un momento dado le envía á pelear, tenga entendido que al morir en defensa del Estado no hace nada de más! ¡Le ha mantenido!

SINESIO DELGADO

BAJO CERO

La gente anda por ahí con la nariz de color de los salmonetes y las manos metidas en los bolsillos.

Hace un frío horrible, y nadie habla más que de la temperatura y sus desastrosos efectos.

—¡Ha visto usted qué tiempo?—dice uno sepultando la faz entre los pliegues del embozo.

—Insostenible—contesta el interpelado.—En casa no se puede parar porque vivimos cara al Norte, y esta mañana se le heló á mi señora la bandolina y un frasco de agua de Carabaña.

—Dicen que hay por ahí mucho catarro.

—Sí, y pulmonías dobles y triples. Al presidente de nuestro comité tuvimos que llevarle á su casa envuelto en el capote de un sereno, porque había ido á presidir una junta electoral y se quedó entumecido al lado del secretario.

—¡Qué atrocidad!
—Y para que entrase en reacción le estuvimos frotando la espalda con unos zorros.

—Este es un año cruel.

—Sí; dicen que se ha alejado de nosotros un planeta. No recuerdo si Saturno ó Belladonna.

—Algo debe ocurrir por allá arriba.

—Lo que sé decirle á usted es que el termómetro acusaba esta mañana diez y seis grados bajo cero.

—¡A la sombra!
—Sí, señor, á la sombra de mi cuñado, que vive en la calle del Tribulete.

Ello es que vivimos bajo los rigores de una temperatura cruel, y que las personas débiles andan por casa de rigurosos felpudo.

Hay quien se envuelve en una manta y coloca ambos pies encima de un puchero lleno de agua hirviendo, y hay señora de constitución pobre que se pone un gabán de su esposo mientras hace las camas. Después introduce las piernas en los pantalones del cabeza de familia y espera que éste regrese de la oficina para decirle:

—Aniceto, yo estoy aterida.

—Bueno, pues arrópate.

—Mira cómo tengo las manos, parecen dos salchichones.

—Si tuvieras que estar en la oficina! Allí sí que nos chupamos los dedos. Con decirte que á Martínez, mi escribiente, se le helaron las articulaciones y tuvimos que acostarle en la cama del portero...

—¡Pobrecillo!
—Y á pesar de las mantas, el infeliz se moría de frío; hasta que, acordándonos de lo que se hace con los coléricos, acostamos con él á un ordenanza, y así hemos conseguido salvarle.

Da lástima ver á los dependientes de las tiendas de ultramarinos; van á cortar el bacalao, ó á medir el aceite, ó á envolver un cuarterón de carne de membrillo, y en vez de manos, se encuentran con dos manojos de acelgas que no les sirven para nada. En veinticuatro horas se le han formado á Casimiro, el mancebo de la droguería, cinco sabañones como cinco sobreesadas de Mallorca, y el hombre le dice á su principal con acento de profunda amargura:

—¿Qué hago yo con esto?

—¡Hombre! Haz ejercicio.

Entonces el muchacho toma carrera desde el mostrador y se lanza contra la estantería de la trastienda, agitando los brazos en todas direcciones para ver si provoca la reacción y puede seguir entregándose á las tareas propias de su cargo. Pero todo es inútil, pues los sabañones siguen su curso, y mañana á estas horas tendrá en cada falange un matadero clandestino ó un depósito de carne municipal sin hueso.

Donde únicamente pueden contrarrestarse los efectos del frío es en casa de doña Gertrudis. Allí se reúnen todas las noches unos chicos muy guapos que están de huéspedes en el segundo, y bajan á jugar á la lotería de cariones alrededor de la camilla.

Además de la chica de la casa, que se intitula Aurora y es algo poetisa, aunque picada de viruelas, acuden á las reuniones otras jóvenes de la vecindad, dispuestas á admitir los galanteos de los chicos.

—¡Uy! ¡Qué noche tan cruda!—dice Aurora arrebujándose en una toquilla color de rata vieja.

—Hace una noche cruel—añade uno de los chicos, clavando sus dulces ojos en la poetisa.

Y sus pies se juntan debajo de la camilla, entablado una conversación muda, pero amorosa.

—¡El veintitrés!—grita la señora de la casa, sacando una bolita.

—Terno—responde uno de los contertulios, colocando una judía seca sobre el cartón.

Ni Aurora ni su enamorado doncel fijan la atención en los números que van saliendo de la bolsa. Ellos se aman, y esto es bastante para su felicidad.

Allí nadie siente los rigores de la temperatura y la alegría se refleja en todos los semblantes; pero, de pronto, comienza á dejarse sentir cierto olorillo á cordobán tostado.

—Huele á aceite de almendras dulces—dice uno.

—No; más bien parece que se está quemando un sombrero hongo—añade otro.

En aquel momento, la mamá de Aurora lanza un grito y huye asustada hacia la cocina. Ya allí, sumerge un pie en un barreño, y todos retroceden asustados.

—¿Qué ha sido?—pregunta con ansiedad su futuro yerno.

—Nada—dice ella, como si volviese de un profundo letargo—que había metido un pie en el brasero, y se me ha incendiado una zapatilla.

El frío está dando lugar á serios disgustos y á no pocos catarros bronquiales.

Conque lo mejor será que se arropen ustedes.

LUIS TABOADA

BRINDIS

Volved, amigos, á llenar las copas, abrid de nuevo los sedientos labios, que, nuevamente, su licor los dioses vienen á darnos.

Que, nuevamente, la infinita senda se abre radiante á nuestro firme paso; senda sin huellas, cuyo fin no vieron ojos humanos.

Volved, amigos á llenar las copas que la vendimia terminó en los campos; ya se exprimieron los racimos, últimos dones de Baco.

Ya, en el lagar del pensamiento, bullen los nuevos mostos con ardor pausado; el Labrador de los cabellos grises calla, esperando.

Todos aguardan la cosecha nueva, la que nosotros preparando estamos; ¡venid, amigos!—Los lagares hierven, llena un rumor de gestación los campos.

E. MARQUINA

LAS BOTAS

(Cuento de Reyes.)

—Di, papá, ¿qué me traerán los reyes este año?

—preguntó Pepito.

—No sé, monín—contestó don José—. Tú cuida de poner esta noche las botitas en el balcón. Si



—¡Vete bendito de Dios, Pepe, y no vuelvas á mí hasta que te afeites!

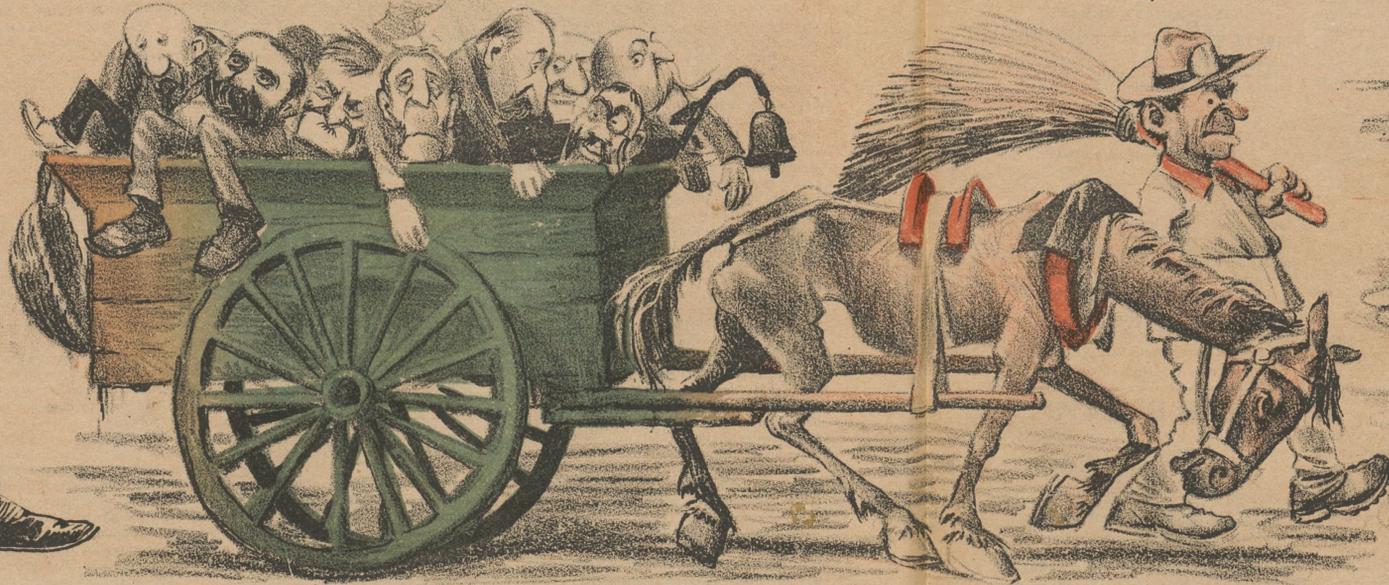
LOS NUESTROS



JOSÉ MARIA MATHIEU



Salgan los liberales ó entren los conservadores, nosotros siempre salimos ganando.



¡La basura les sea leve!



Tres al saco y el saco en tierra.

EL MATRIMONIO MAURA-SILVELA



¿Quién hará de varón?



¡Que se vá usted á caer!

EL SUPERVIVIENTE DE TODAS LAS CATÁSTROFES



Don Práxedes.—Todo el Ministerio se ha ahogado ¡pero yo he logrado salvar cartera!

has sido dócil y aplicado, de seguro te dejarán un buen regalo.

Según se advierte, don José no estaba por la educación realista. A pesar de las teorías de Rousseau y Spenser, dejaba que la imaginación de su hijo vagase libremente por los mundos de la fantasía. Creía él que por algo los niños juegan, es decir, fingen, sueñan, crean. Su mayor placer consistía en poner al pequeño sobre su rodillas y contarle historias extraordinarias, maravillosas, donde nunca faltaba un mancebo gentil, apuesto y valeroso, tal como lo sería Pepito andando los tiempos, que venciera grandes dificultades y afrontara grandes peligros por realizar algún acto generoso y noble. Acaso don José se engañaba; pero no es esta ocasión de discutir las ideas pedagógicas de don José.

Hijo y padre se adoraban. El hijo no conoció a su madre, que murió al darle la vida. El padre había concentrado en el niño todos sus amores. La muerte parecía haber legado a uno y a otro el tesoro de sus ternuras. Así se sobrevivía a sí misma, viviendo en ellos. El corazón toma a veces esos desquites del destino.

Salió don José, tras el breve diálogo que antecede, y antes de acostarse Pepito tuvo buen cuidado de sacar sus botas a un balcón del entresuelo que vivía. Pero al hacerlo ocurrióle un razonamiento que pareció de irresistible lógica a su infantil inteligencia. —¿Por qué no he poner también las botas de papá?— se preguntó Pepito. Si a mí, por ser bueno, me hacen los Reyes un regalo, ¿qué regalo no harán a papá, que es mejor que nadie? Dicho y hecho: Pepito fué a buscar un par de botas de su padre y las puso junto a las suyas.

Grande fué la sorpresa de don José cuando al ir a depositar en el balcón los juguetes y golosinas, supuesto presente de los Reyes Magos, encontró sus propias botas junto a las botitas de su hijo. No tardó, empero, en penetrar el pensamiento que había guiado al pequeñuelo, y aquel testimonio de inocente admiración, aquel candoroso homenaje le conmovió profundamente. Con lágrimas en los ojos estampó un beso en la frente de su hijo dormido.

Lo estaba aún don José cuando a la mañana siguiente el chico penetró en la alcoba todo acongojado y lloroso.

—Papá, papá, los Reyes no me han dejado nada.

—¿Cómo! ¿Nada?— exclamó el padre, lleno de asombro.

—Nada, nada, ni tanto así— dijo el muchacho haciendo chascar, con un gracioso movimiento, la uña del pulgar entre sus dientes.

—No puede ser. ¿Lo has mirado bien? Si me habían dicho...

—Ven, papá, ven y lo verás!— exclamó Pepito con vehemencia.

Vistióse apresuradamente don José, abrió el balcón y una ojeada le bastó para cerciorarse de la triste realidad.

—No osaré yo decir— murmuró entre jovial y contrariado —; no osaré yo decir, por lo que pueda tronar, que los Reyes hayan pasado por aquí; pero lo que es sus satélites y partidarios, esos sí han pasado.

No sólo faltaban golosinas y juguetes. ¡También las botas habían desaparecido!

ALFREDO CALDERÓN.

Grito de aliento.

¡Te asombra verme con la frente erguida, De pie como el guerrero en su muralla, Desafiando el horror de la batalla Y oprimiendo los bordes de su herida!

Como la tuya se templó mi vida, El pesar ni me rinde ni avasalla, Y arrostro del obstáculo la valla Con la fe por el Arte engrandecida.

Haz como yo: levanta la cabeza, Ahoga las serpientes del deseo, Sé fuerte y resignado en la tristeza.

Rompe la ilusión los suaves lazos, Como Hércules luchando con Anteo, Estrangula el dolor entre sus brazos.

LEOPOLDO DÍAZ

INDULTOS

Para solemnizar la última crisis el Sr. Sagasta ha decidido conceder indulto de las penas que sufrían a los señores siguientes:

Pompeyo Giner, (a) el *super-hombre*, por allanamiento de algunos libros extranjeros y usurpación de ideas.

Primo de Rivera, por el fusilamiento de Clavijo. José María Carulla, por atentados contra la Biblia.

Miguel Echegaray, por el fusilamiento de varias comedias francesas.

Don Bretón, por los libretos de sus óperas *Carín* y *Raquel*.

Grilo, por la furtiva propaganda de sus *Ideales*. Frontaura, Ossorio y Bernad y Moreno Godino, por la exhumación de cadáveres.

Francos Rodríguez y González Llana, por corrupción de *Virgenes locas*.

López Silva, por hacer aguas mayores delante de la Gramática.

Eusebio Blasco, por abuso de confianza con los grandes soberanos y Presidentes de varias repúblicas.

Lustón, por desenterrar muertos.

Varios modernistas, por blasfemias.

El Duque de Almodóvar del Río, por mirar contra el Gobierno.

Varios diputados, por levantar muertos electorales.

Aguilera, por falta de urbanidad.

Varias divettes de los salones concertos, por corrupción de menores.

Montilla, por su proyecto de ley contra la difamación.

Cavestany, por sus imitaciones del teatro antiguo.

Capdepón, ¡por tonto!

MENUDENCIAS

A una muchacha sin madre le pasa lo que a un caballo sin herraduras, que tiene trópiezos a cada paso.

A un marido en Bilbao se le ha escapado su mujer, que es rechoncha, chata y fea; y el hombre ha ido a pedir que se la busquen. ¡Casi, casi merece que perezca!

Dos súbditos pierde España cuando alguien presta dinero: el que lo da se hace inglés y el que debe se hace el *sueco*.

Manchó Elisa su pureza y su vestido en el baile, y después... ¡con qué amargura lloró la mancha del traje!

El dinero de las ánimas el sacristán de mi pueblo se lo gasta en lamparillas... para alumbrarse por dentro.

La mujer de un amigo cegó de amor y se escapó conmigo, ¡y mire V. que diantres! Estoy celoso del verdadero esposo!

EL SENA HELÁNDOSE

Este invierno va a competir con los más crudos del siglo, con los de los años 19, 29, 40, 79, y 89. El Sena está helándose.

(Figuro.)

¡Qué noticia tan triste para mí! ¡El Sena helándose! ¡Mi río, este pobre río que quiero tanto, aunque le digo tantos horrores!... ¡Este río, que me produce la ilusión de un brazo de mar, y que por unos cuantos centímetros me satisface el grato esparcimiento de estar a bordo de un vapor! Cuando me aburre la ciudad, hago una travesía, y el perdido humor vuelve luego con la perspectiva de los campos independientes, del cielo amplio, de la lejanía elocuentemente muda... navegando río abajo, más allá de Suresnes, donde el Sena recobra sus árboles y musgos. ¡Y este río se me está helando; qué pena tan grande!

Se debate heroicamente contra la helada; pero la helada puede más que él y le va agarrando poco a poco... Es un espectáculo polar el de este río muerto, con ancho sudario de hielo, como cristal de cineraria urna. Algunos marineros tiran penosamente de las embarcaciones, que quieren incrustarse entre los témpanos que arrastra el río, y una bandada de patos salvajes corre, como loca, por las heladas orillas del Sena muerto, a la indecisa luz de un crepúsculo boreal...

¡Pobrecito río; yo que le quería tanto!... ¡Por qué te me has helado, pobrecito río! ¡Cómo ver ya los campos independientes, el cielo amplio, la lejanía elocuentemente muda!

LUIS BONAFUOX

El mejor libro.

El, alto, fornido, de tez morena, de ojos grandes, bigote de guardamanó, andar suelto, maneras osadas, risa franca, ruidosa; ella, menuda de cuerpo, pequeñita, blanco el color, estrecho el talle, breve el paso, mirada insinuante, cariñosa... Él, ocurrente, decidor, pronto en la réplica, ardoroso en la palabra; ella, vivaracha, ingenua, riendo con la alegría de la mujer dichosa, ense-

ñando, al despegar sus labios rojos, unos dientes diminutos, esmaltados...

—¡Ah, la boca de mi Elisa!— exclamaba Fernando. —¡Qué delicia!

Porque a ella le llamaban Elisa, es decir, Elis; y a él Fernando, es decir, Fernán.

—¿Fernán?

—¿Elis?

—¡A trabajar!

—¡A trabajar!

Y él, muy serio, digno como un magistrado, grave como un obispo, se iba muy derecho a la mesa-escritorio, ladeaba el sillón y se sentaba.

FERNÁN (*arreglando las cuartillas*).—Principiemos la tarea diaria... Continuemos trabajando en la nunca oída y pasmosa historia, ó llámase novela, del *Bohemio enamorado*.

ELIS (*sentándose en una mecedora a su lado*).—Querido Fernán, hoy no te escapás; me escribirás treinta cuartillas, ni más ni menos.

FERNÁN (*fingiendo severidad*).—Protesto, mi señora y dueña... ¡Treinta cuartillas! (*Mimoso*). ¡Pero Elis!... ¡querida mía!

ELIS.—¡A trabajar, a trabajar!

FERNÁN (*permanece un momento en silencio arreglando los menesteres de escribir; después tira de la pluma y escribe dos líneas*).—Bueno; vamos a concertar el plan...

ELIS (*curiosa, aproximándose a la mesa*).—Eso; di qué giro piensas dar al asunto

FERNÁN (*solemne, con cierta entonación cómica*).—Quedamos en que él, Luis Ortiz, el marido, entra en la habitación de Clara... en el *boudoir*...

Bueno; pues entra, y con mucha calma... mucha tranquilidad... saca la cartá del bolsillo y se la entrega... Ella palidece... (*acentuando lo cómico*) una palidez mortal cubre su rostro... El ve en tal palidez la prueba más elocuente de su culpabilidad y... Ahora te voy a leer la continuación... lo que acabo de escribir... (*tomando la cuartilla y leyendo en tono dramático*)... Y entonces él, ciego de ira, frenético, loco, se arroja sobre Clara brutalmente...

ELIS (*levantándose de la mecedora asustada*).—¡Ay, por Dios, Fernán! ¡No, no quiero!... ¡Fernán, Fernán! ¡Ay, qué angustia!

FERNÁN.—Pero, Elis... tontita... ¡Si es broma! Elis (*dando pataditas en la alfombra y haciendo un encantador mohín de enojo*).—No... ¡que no quiero! ¡Vaya!

FERNÁN.—Mujer, sé razonable. ¡Ya ves que el argumento lo exigel... ¡Qué quieres que haga Ortiz en ese caso!

ELIS (*arrebátandole las cuartillas*).—No, Fernán, de ningún modo...

FERNÁN (*cogiéndola por el talle y sentándose ambos en un diván*).—Vamos, ven, te explicaré más detenidamente el asunto... la psicología...

Y Fernán lo explica; pero tan juntos, tan juntos están el galán y la dama en aquel apartado estudio, lejos del ruido mundano, entregados los dos a su amor, su luna de miel, que Fernán olvida la novela y olvida Elis su indignación por la brutalidad del personaje.

Todo eran pretextos, cualquier cosa era motivo para una escena de placer franco, plétórico, desbordante. El coloso de bigotes a lo Velázquez jugaba con la niña, con su muñeca, como él decía, y la niña estremecía toda al sentirse acariciada, al verse en los brazos fuertes y nervudos del doncel.

Pero *El bohemio enamorado*, la novela, no adelantaba. Todos los días la misma escena; él muy grave en la mesa, ella muy seria en la mecedora... Emborronaba una cuartilla y en seguida el pretexto eterno... y al diván; besos, caricias, protestas de amor eterno, sueños de gloria...

Cambio de papeles.

ELIS (*sentada a la mesa ante las blancas cuartillas*).—Ea, de hoy no pasa. Seré tu secretario y te obligaré a trabajar quieras ó no quieras.

FERNÁN (*en la mecedora*).—Convenido... Coge la pluma.

ELIS (*mirándole ansiosamente*).—Espero...

FERNÁN (*tosiendo, afectando aires de importancia*).—¡Ejem!... ¡Ejem!... Estábamos en que...

ELIS (*ingenuamente*).—En la cita...

FERNÁN.—Efectivamente, en la cita... Bueno; escribe...

ELIS.—Escribo.

FERNÁN (*dictando*).—«La noche era tranquila, serena, una de esas noches profundamente poéticas del Mediodía...» (*Pausa embarazosa; Elis espera, Fernán sigue meditar profundamente*). Aquí encajaría un fragmento de prosa honda... como vedora... pintando una de esas noches estrelladas del estío... ¡No te parece, Elis?

ELIS.—¡Oh, sí, sí!

FERNÁN (*Reveur; apretándose el labio con los dedos*).—El caso es... El caso es, querida Elis...

ELIS (*lentamente*).—Te veo venir... ¡Ay, pero qué gandul... pero qué gandulazo es este Fernán!

FERNÁN.—No digas eso. Elis; sabes que...

ELIS.—¡Que ya no saldrá el libro! ¡Que ya no harás la novela!

FERNÁN (*levantándose y aproximándose a ella*).—Pero haré un libro más hermoso, más grande, más sublime; haré un libro que no se puede escribir a los cincuenta años, que se ha de hacer a los veinte, con todas las energías, con toda la fe, con todo el entusiasmo de la juventud... Si, Elis; mi Elis querida... (*estrechándola entre sus brazos y besándola*) Haremos un gran libro... escribiremos el libro grandioso que se titula AMOR.

J. MARTÍNEZ RUIZ

LIBROS

Los ilustres profesores de Oviedo, señores Buylla y Posada, con la colaboración del inteligente periodista Sr. Morote, y del notable sociólogo Sr. Uña Sarthou, han publicado un hermoso libro con el título de *El Instituto del Trabajo*.

Precede a la obra un magistral estudio preliminar del Sr. Canalejas. El exministro de Obras públicas expone en él sus opiniones respecto a la cuestión social y los trabajos que realizó al frente de aquel departamento, con la presentación a las Cortes del proyecto de ley del Instituto del Trabajo.

Merece este libro, que ha de llamar la atención a los amantes del estudio, ser tratado con mayor detenimiento, y así nos proponemos hacerlo, limitando ahora la nota bibliográfica al anuncio de la publicación.

Precio del libro: 6 pesetas.

ANUNCIOS HUMORISTICOS

¡Agotemos todos los adjetivos encomiásticos para celebrar el arte exquisito, la elegancia suprema de los muebles de A. VALLEJO, Alcalá, 17!

¡Oid la voz elocuente que suena en el espacio y que dice: Aseguraos la vida en *La Equitativa de los Estados Unidos*, SEVILLA, 13!

¡Quiere el Sr. Montilla dejar de ser tonto? Pues beba a todo pasto el riquísimo *Anís del Mono*, el rey de los licores.



EL MAS FINO, EL MAS SUAVE QUE SE CONOCE

Librillo con 120 hojas, 15 céntimos. De venta en todos los estancos de España. Depósito: Arco de Santa María, 23.

Se cede una buena habitación para vivir en familia, con asistencia ó sin ella, calle del Nao, número 6, principal izquierda.

PAPEL PARA FUMAR

marca REPÚBLICA ESPAÑOLA

Esmerada y pura fabricación Alcoyana. De venta en todos los estancos de España. Fabricante: Leopoldo Ferrándiz, Alcoy.

CASTELAR

(Fragmentos de sus obras.)

En este libro se hallan comprendidos los mejores trabajos políticos y literarios del ilustre tribuno.

Un tomo de más de 200 páginas, con seis retratos de Castelar y artística cubierta, 3 pesetas. Para los corresponsales y suscriptores de DON QUIJOTE, 1,50 pesetas. Los pedidos se harán a esta Administración. Pagos anticipados.

CAMAS Y MUEBLES

LA GRAN BRETAÑA

Plaza de Santa Ana, núm. 1.

Sucursales: Fuencarral, 102, y Preciados, 7

VENTA A PLAZOS Y AL CONTADO

DON QUIJOTE

PERIÓDICO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID, un mes, 1,00 peseta; trimestre, 2,50; semestre, 5; año, 10.

PROVINCIAS, trimestre, 3 pesetas; semestre, 6; año, 12.

EXTRANJERO, año, 15 pesetas

Número suelto, 15 cts.; atrasado, 30.

A corresponsales y vendedores, 25 números, 2,50 pesetas.

Toda la correspondencia, así política como administrativa, a nombre de D. Miguel Sawa.

Imp. de A. Mar.º, San Hermenegildo, 32 duplicado.